

ENTREVISTA A DAVID RIEFF¹

Gilda Waldman.
Universidad Nacional Autónoma de México.
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.
waldman99@yahoo.com

Recibido: 15 enero 2019.

Aceptado: 18 febrero 2019.

En el marco de la Feria Internacional del Libro en Guadalajara 2018, tuvo lugar el diálogo *Los dilemas de la memoria histórica: ¿imperativo ético de recordar o invitación al olvido?* entre David Rieff – escritor, periodista, intelectual, analista político y cultural, ensayista, corresponsal de guerra en zonas de conflicto durante más de dos décadas- y Gilda Waldman, académica de la Universidad Nacional de México. David Rieff es autor de varios libros referidos a problemas cruciales del mundo contemporáneo, como las olas migratorias, las guerras, el fracaso para prevenir genocidios, la crisis de los derechos humanos, los crímenes de las grandes potencias y la inoperancia del sistema de Naciones Unidas para solucionar conflictos, entre otros.



David Rieff, febrero 2016, Sergio Barrenechea / EFE.

Los temas de memoria y olvido han sido asimismo una de las constantes en su reflexión desde hace casi diez años, y en torno a ellos ha publicado dos ensayos, “Contra la memoria” (Debate, 2012) y “Elogio del olvido” (Debate, 2017), en los que ofrece interesantes

¹ 27 de noviembre de 2018

y polémicas respuesta a interrogantes tales como: ¿De qué forma pueden las sociedades lidiar con un pasado traumático de conflictos, guerras o dictaduras? ¿Cómo se puede recuperarse una sociedad que ha sido fragmentada por la violencia y en la cual se han violado los derechos humanos? ¿Se pueden conjugar visiones históricas en disputa? ¿Es siempre bueno recordar los eventos traumáticos del pasado? ¿Es la memoria un imperativo moral para sanar o es posible pensar en un “derecho al olvido”, al menos en ciertas coyunturas o momentos históricos? ¿Cómo alcanzar la paz postconflicto? En situaciones de postconflicto ¿es posible alcanzar la reconciliación nacional sobre la base de hacer coincidir paz, verdad, justicia y memoria o se debe privilegiar alguna de ellas?

Presentamos a continuación el diálogo que tuvo lugar el martes 27 de noviembre de 2018 en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.

G.W.: A contracorriente del consenso explícito y casi absoluto predominante en nuestras sociedades de que de que la memoria es un imperativo y un deber moral, así como un acto de justicia y reparación, usted plantea que, en muchos casos, la memoria histórica ha producido, atizado y exacerbado guerras, conduciendo más al rencor que a la paz, y que el olvido en ciertas situaciones, momentos o circunstancias es preferible a la memoria. A su juicio no es que olvidar sea la única opción, pero sí es que es una opción porque la memoria histórica, a veces, causa más daño que el bien que persigue, atizando odios y guerras, por ejemplo, y que el olvido puede ayudar a construir la paz. Me pregunto; ¿Es el olvido, el silencio, el precio que habría que pagar por la pacificación en una sociedad?

D.R.: Yo no digo que es mejor en todos los casos olvidar. Lo que planteo en mis dos libros son argumentos en contra de la sacralización de la memoria, al que veo actualmente sobre todo en los movimientos internacionales de Derechos Humanos, pero también, como se diría en francés, entre “los bien pensantes”. Para el mundo social demócrata progresista esto es como un artículo de fe. Hay que recordar y yo no digo que haya que olvidar. Por supuesto, si existe la posibilidad de obtener paz, justicia y reconciliación con la memoria, por supuesto que estoy absolutamente a favor de esta solución. Pero yo planteo el caso contrario.

Hay conflictos en los cuales la memoria ha servido y sigue sirviendo como arma de guerra. Podemos hablar del caso de Palestina o podemos hablar del caso de Irlanda del Norte hasta que se firmó el Acuerdo de Paz. Una cosa más: cuando hablo de la memoria y del olvido

hablo de silencio público. No hablo de memoria en términos literarios, porque no hay ni memoria colectiva ni olvido colectivo. Es una idea cultural, una metáfora si quieren. Ustedes no se acuerdan de los cristeros; tienen una visión sobre ese tema. Sí puede haber una persona de cien años aquí en Guadalajara, pero normalmente no hay un recuerdo colectivo. Hay un acuerdo en una sociedad, un consenso, si prefieren, en torno a una versión de la historia y esta versión cambia de generación en generación. La versión del presidente Calles no es la versión de presidente López Obrador. En este sentido ha cambiado la memoria colectiva sobre los cristeros. Por eso digo que no podemos hablar de manera lícita de la memoria colectiva como un hecho. Podemos hablar absolutamente, con justicia absoluta, de la memoria como metáfora, como proyecto colectivo. Puede ser un buen proyecto para la reconciliación o puede ser un proyecto abominable como lo fue durante la guerra de los Balcanes en la década de los noventa.

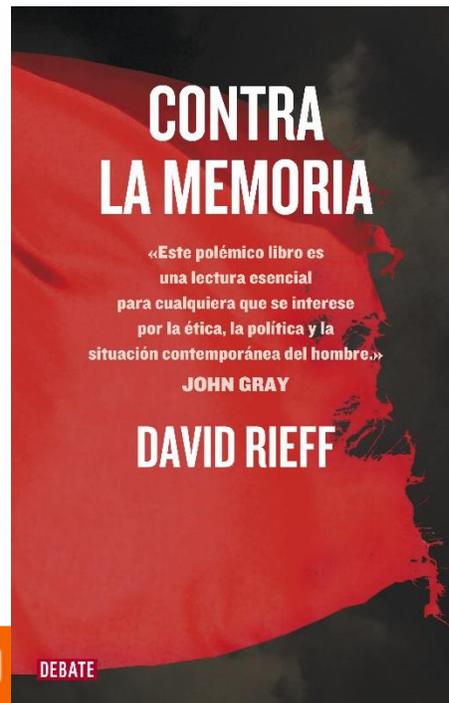
A PUNTA DE PISTOLA



Sueños democráticos e intervenciones armadas

DAVID
RIEFF

DEBATE

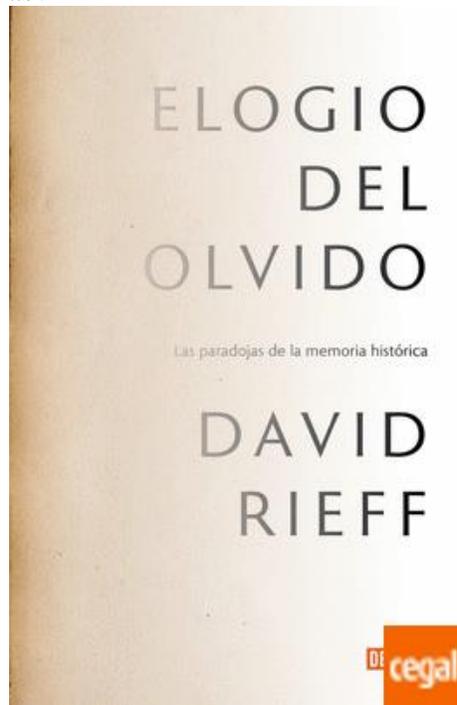


G. W.: Yo quisiera retomar el ejemplo que usted menciona el caso de Israel-Palestina. Puedo aceptar, concordando con usted, con el peso de la memoria, pero yo creo que este es un conflicto mucho más complejo. Pensar sólo en términos de memoria un conflicto que tiene raíces históricas y geopolíticas, que es un problema que tiene que ver con la relación de Israel con los países árabes, que tiene que ver también con los conflictos entre los propios países árabes, con la relación entre Israel con los palestinos, incluso con las memorias contrapuestas entre Abu Mazen y Hamás, me parece insuficiente, e incluso, diría que esencialista.

Reconozco el peso de las memorias, pero también pienso en los intereses de los vivos en este momento.

D.R.: Cuando hablo de Medio Oriente yo no pienso en las raíces el conflicto. Estoy absolutamente de acuerdo con usted. Es un asunto muy complicado; no es sólo un asunto de israelíes y palestinos. En un conflicto en un sentido global. No creo que ni siquiera la persona más joven en esta sala podrá ver la paz en Medio Oriente. Pero supongamos de manera optimista -yo no tengo mucho talento para el optimismo- que un acuerdo de paz se construye entre israelíes y palestinos. ¿Cómo quieren escribir el conflicto? Supongamos que existe la posibilidad de un acuerdo. Me parece que sería absolutamente imposible que coincidan en ponerse de acuerdo sobre el pasado. Van a tener que olvidar mucho el pasado para pensar en los intereses del presente y del futuro. Son casos de este tipo los que considero que, al menos, merecen pensar que es posible que el olvido sea mejor que el recuerdo.

G.W.: Usted mencionaba que el concepto de memoria colectiva es una metáfora. ¿No son todos los conceptos metáforas?



D.R. No. No todos los conceptos son metáforas. La memoria individual no es una metáfora. Es un fenómeno complicado, pero no es una metáfora. Uno tiene sus propias memorias, pero una sociedad no tiene memoria en el sentido gnoseológico. Los fenómenos científicos no son metáforas.

G.W. Quisiera regresar a los temas de olvido y silencio público. Cuando yo leo “olvido”, se me vienen a la cabeza las palabras “amnesia”, “amnistía”, “anestesia”.

D.R. Anestesia ... “

G.W. Sí. La amnistía no es nueva. En la democracia ateniense, quien recordara las tragedias recibía un edicto de interdicción. Es decir, no se podía recordar las tragedias. En las sociedades contemporáneas, en especial a partir de la Segunda Guerra Mundial, las democracias se sustentan en la necesidad de transparencia y claridad en la vida civil y pública. ¿Cómo pensar, entonces, en mantener la amnistía? ¿Qué es la amnistía? Es el delito que no va a ser castigado en el ámbito jurídico; es decir, los delitos serán borrados como si no hubieran existido. Pero yo creo que el olvido es más que la amnistía. El olvido va más allá del ámbito jurídico y ocupa todo el ámbito social. Ocupa el campo educativo pudiendo manipularse la educación. Ocupa el ámbito de los medios de comunicación y, más que nada, evita la discusión pública sobre lo acontecido en el pasado en la medida en que no se transparenta y no se discute en el ámbito público lo que aconteció. Eso se traduce en despolitización. Creo que esto está pasando en muchos países de América Latina.

D.R. En cuanto al silencio público, yo nunca he dicho que la amnistía sea la parte esencial del olvido. Al contrario. Creo, precisamente, que el olvido sirve en situaciones sobre todo de posguerra en las cuales no hay ni vencido ni vencedor, porque una amnistía depende de la victoria de un lado u otro. En Irlanda del Norte, por ejemplo, no había vencedor ni vencido y entonces no era posible imponer una amnistía. El silencio público, o el olvido si se prefiere, es precisamente una alternativa a la amnistía. La amnistía es parte de esa narrativa de progreso de la cual acabo de hablar.

G.W. Quisiera regresar al tema del olvido pensando más bien en las dictaduras latinoamericanas y yo tendría varias preguntas al respecto. ¿Es el olvido la solución aceptable para todos? Ninguna sociedad es homogénea; en ninguna hay consenso absoluto. En toda sociedad hay distintas voces, distintas memorias. El olvido puede ser aceptable, comfortable, para cierta parte de la sociedad pero no para otras. Acá entramos en un tema delicado que es el tema de las víctimas. Me pregunto también, y estoy pensando en el caso concreto de Chile, si el olvido no es un acuerdo cupular entre personeros políticos y perpetradores. El paso de la dictadura a la transición implicó una serie de pactos y de negociaciones. El General Pinochet tuvo impunidad, pero también hubo acuerdos secretos que tenían que ver con la economía y con profundizar lo que fue la implantación del neoliberalismo en Chile. Esos acuerdos implicaban extender la educación privada, implicaban que incluso los ingresos del cobre que durante la dictadura eran del cien por ciento del Estado pasaran a ser en setenta

por ciento para inversiones privadas. Incluso se le dio la Sociedad Química de Chile a un yerno de Pinochet, y años más tarde se descubrió que con este dinero financiaba a políticos de la Concertación, la coalición política que gobernó después del fin de la dictadura. Eso fue un acuerdo cúpula. Entonces ¿dónde quedaron las otras voces de quienes habían vivido la violencia represiva y el horror de la dictadura?

D. R. Bueno, como usted acaba de decir, no es posible servir a todas las comunidades. Cada acuerdo tiene sus oponentes, pero en términos de las víctimas hay que hacer otra pregunta: ¿Deben las víctimas tener un poder de veto sobre cada acuerdo? Por ejemplo, en el acuerdo de paz en el País Vasco, en España, hay familiares de víctimas que dicen: “No queremos este acuerdo porque no queremos aceptar la impunidad de ETA, del movimiento terrorista vasco”.

Creo que es absolutamente esencial escuchar a todos, y sobre todo a las víctimas, pero darles un poder de veto es un error capital para una sociedad, a menos que haya un consenso en favor de la posición de las víctimas en ciertas épocas en una sociedad. En el caso de Chile, no soy de ninguna manera un especialista, pero alguna vez el ex presidente Ricardo Lagos me decía que el problema era que la Concertación de los primeros gobiernos democráticos después del fracaso de la dictadura tenía que dominar a las fuerzas militares y que había que cambiar la realidad del ejército, de la marina de guerra, de los carabineros, etcétera, y que después podrían hablar de justicia. No hay una idea inmortal en una civilización. Si hablamos de manera seria en términos no de la historia de nuestra época, sino de la historia, digamos, geológica, todo será olvidado.

Las cosas más atroces de nuestra época serán olvidadas en diez mil años. No van a hablar del hombre, no van a hablar del Holocausto en el año cuatro mil treinta. Eso es inimaginable. Van a tener sus propias tragedias, sus propios crímenes etc. Yo puedo contarles en una hora batallas pasadas de hace tres mil años y ustedes van a contestar: “No, no me interesa”. Tal vez les interese la Conquista, por supuesto, pero la historia de hace tres mil años en este continente, no lo creo. En términos mucho más restringidos; un acuerdo puede servir ir durante un período específico y después no servir. Por ejemplo, en España, para regresar al caso español, el Pacto de Olvido sirvió durante mucho tiempo y es claro que ahora no sirve, que no tiene sentido para los ciudadanos españoles o al menos para la gran mayoría. Lo mismo podría decir para Chile, pero Chile no es un caso en el cual yo creo que el olvido hubiera sido mejor que el recuerdo. En los casos de Chile, Argentina y Uruguay yo prefiero el recuerdo al olvido, y no al revés, y creo que es posible.

No digo que todos hayan estado de acuerdo con lo que sucedió, pero creo que ahí había un consenso. La gran mayoría de personas apoyaban un trabajo de memoria. Pero regreso a mi primer tema: cómo hacerlo en una situación de posguerra en la cual no hay vencedor o en la que es demasiado peligroso recordar, como en África del Sur después de la derrota de la dictadura racista.

G.W. Yo no pensaba en el derecho de veto de las víctimas, pero sí pensaba en un debate público y político en el que se airearan los horrores del pasado, empezando por la búsqueda de la verdad: ¿qué fue lo que sucedió? Y continuando después con una dignificación de las víctimas en el sentido de lo que se podría llamar “desprivatizar” su dolor, hacerlo público, convertirlo en parte de este debate. Yo creo que si no se san a las heridas y no se abre y si no se discute el tema, las heridas quedan ahí y supuran. Si no se hablan y no se airean, allí queda el olvido. Quisiera puntualizar algo más en el caso chileno.

Es cierto que al principio de la transición existía la amenaza del ejército que, de hecho, amagó en una o en dos ocasiones a los gobiernos de la Concertación. Pero yo creo que ahí hay que tomar en cuenta otro fenómeno. Pinochet no cedió graciosamente el poder, más allá del plebiscito de 1989 en que perdió. Pinochet dejó de ser funcional a los intereses norteamericanos en el marco de la ola democratizadora que recorrió América Latina fines de los años ochenta y noventa. Pinochet no podría haber vuelto de ningún modo, porque simplemente a Estados Unidos no le convenía, pues necesitaba en toda América Latina gobiernos democráticos. En cuanto a su afirmación de que todo será olvidado, me parece una afirmación muy fuerte. No sé si en el año 4030 exista mundo todavía.



Augusto Pinochet, 1973. (segundo, de izquierda a derecha).²

² Rodrigo Cea, Jueces chilenos piden perdón por sus “omisiones” en la dictadura de Pinochet, *El País*, 5 septiembre, 2013. Disponible en:

D. R. Si. Es posible, muy posible. Con el cambio climático vamos a ver si hay mundo en el dos mil cincuenta.

G. W. No sé si llegaremos al año tres mil, pero mientras tanto plantear que todo será olvidado es como negar la historia y lo que la historia ha documentado.

D. R. Es negar la idea del recuerdo infinito, de la inmortalidad del recuerdo. No veo evidencia. En el caso chileno quiero señalar que no soy de ninguna manera un experto en el caso chileno. Acepto que no tengo el derecho a opinar. Mi opinión, como acabo de decir, es que el recuerdo en el caso chileno ha sido mejor que el olvido. Entonces no sé si hay, aparte de mi ignorancia sobre los detalles de la transición chilena, una gran diferencia entre nosotros en este punto. Acepto sus planteamientos. No hay discusión. Cuando hablo del olvido, o de la necesidad de considerar la posibilidad de que el olvido sea mejor que el recuerdo, estoy hablando en otros casos: Irlanda del Norte, los Balcanes. Creo que también hay otros ejemplos. Pero me parece, que hablar de la verdad en sociedades en las cuales no hay consenso es una idea muy difícil de actualizar. En Irlanda del Norte, por ejemplo, una situación que conozco bien, el terrorista es un luchador por la libertad para los católicos del norte de Irlanda. ¿Quién va a decidir? ¿Un tribunal internacional? No lo veo. Yo tengo mucho más miedo de la guerra que del olvido en los casos de los cuales yo hablo, en términos de la posibilidad del olvido como decisión. Creo que son situaciones en las cuales no hay consenso y sin este consenso o sin un vencedor y un vencido, imponer una “verdad” es muy difícil.

Hay otros ejemplos. Hay una versión oficial que sólo puede existir en un caso de victoria y de derrota. En los casos de una guerra sin fin y sin resolución, una paz fría, digamos, ¿amnistía? ¿Quién va a decidir? A menos que hablemos de injerencias internacionales al estilo ONU o al estilo norteamericano en Irak, por ejemplo. Un ejemplo que a ustedes les puede parecer, imagino, una buena idea. Pero no vivimos en un mundo en el que haya un gobierno mundial. No vivimos todavía en el mundo de la paz perpetua de Immanuel Kant. Estoy completamente de acuerdo con usted que durante y después de la Segunda Guerra Mundial ha cambiado la visión de la política internacional. Durante cuarenta años las guerras han disminuido. Pero ahora vemos en muchas partes del mundo el regreso de las guerras. Entonces es muy peligroso para mí intelectualmente describir un fenómeno de una época como una narrativa de progreso. ¿Vamos a progresar hacia, no sé, hacia Jesucristo, hacia una sociedad marxista, o no sé qué? Yo tengo escepticismo sobre la idea del progreso de la

historia. Comparto la visión griega de los ciclos de historia y no la de progreso ilimitado. Pero el movimiento de derechos humanos, y en gran parte de las sociedades democráticas, sí comparten la idea de un progreso duro, pero inevitable, hacia un mundo mejor. Yo no lo veo así. Para mí es una declaración de fe. No tiene nada que ver con la realidad. Vamos a progresar en unas dimensiones y a retroceder en otras. El cambio climático, por ejemplo, no lo podemos poner como ejemplo de progreso. Me parece un poco difícil.

G.W. Doctor Rieff: ¿cómo se olvida?

D. Rieff: Se olvida en el mismo sentido en el que se recuerda. En el mismo sentido en que Nietzsche habló del olvido activo como una decisión. Yo creo que el olvido, como el recuerdo, en términos colectivos es una metáfora. Me parece absolutamente posible olvidar, aunque no necesariamente me olvido. Cuando yo hablo de olvido lo conecta con el silencio público. El silencio público es posible. Lo vemos en muchas sociedades en el mundo. No es una cuestión rara. Es más normal. Este es el punto en el que tal vez diferimos.

G.W. Usted señala y reitera que la memoria puede activar conflictos y guerras. Pone una serie de ejemplos. ¿No cree que, aun aceptando el peso de las memorias históricas en las guerras, éstas tienen como fundamento razones geopolíticas, históricas, económicas y políticas, de las cuales la memoria es sólo una manifestación? Para solucionar esos conflictos, ¿no sería mejor solucionar esos problemas y no recurrir al olvido?

D.R. Si uno supiera cómo solucionar el conflicto de Medio Oriente usted o yo ya habiéramos ganado el Premio Nobel. No sabemos. Usted habla de que hay necesidad de dialogar para llegar a la paz. Eso podría ser cuando no hay armas para hablar. Cuando los fusiles van a hablar, yo prefiero el silencio.

G.W. Usted reitera también en sus libros de que en sus libros de que el imperativo del “Nunca más”, surgido después de la experiencia del Holocausto en la Segunda Guerra Mundial poco sirvió a la luz, por ejemplo, de la guerra en Ruanda. Yo quisiera comentar que el Holocausto fue un fenómeno totalmente distinto. Fue un fenómeno único ontológico en el que se intentó masacrar a todo un pueblo por el simple hecho de existir. No fue el caso de otras guerras que fueron mucho más pragmáticas o políticas. En este sentido, el significado de Holocausto en términos ontológicos tiene que ser un referente moral -aunque sé que no le gusta mucho este término- para que esto no vuelva a suceder.

D.R. No estoy de acuerdo. En el caso de Ruanda el objetivo era también terminar con el pueblo tutsi. Yo no creo en que existan grandes diferencias en los dos casos, y no puedo coincidir con usted en este punto.
